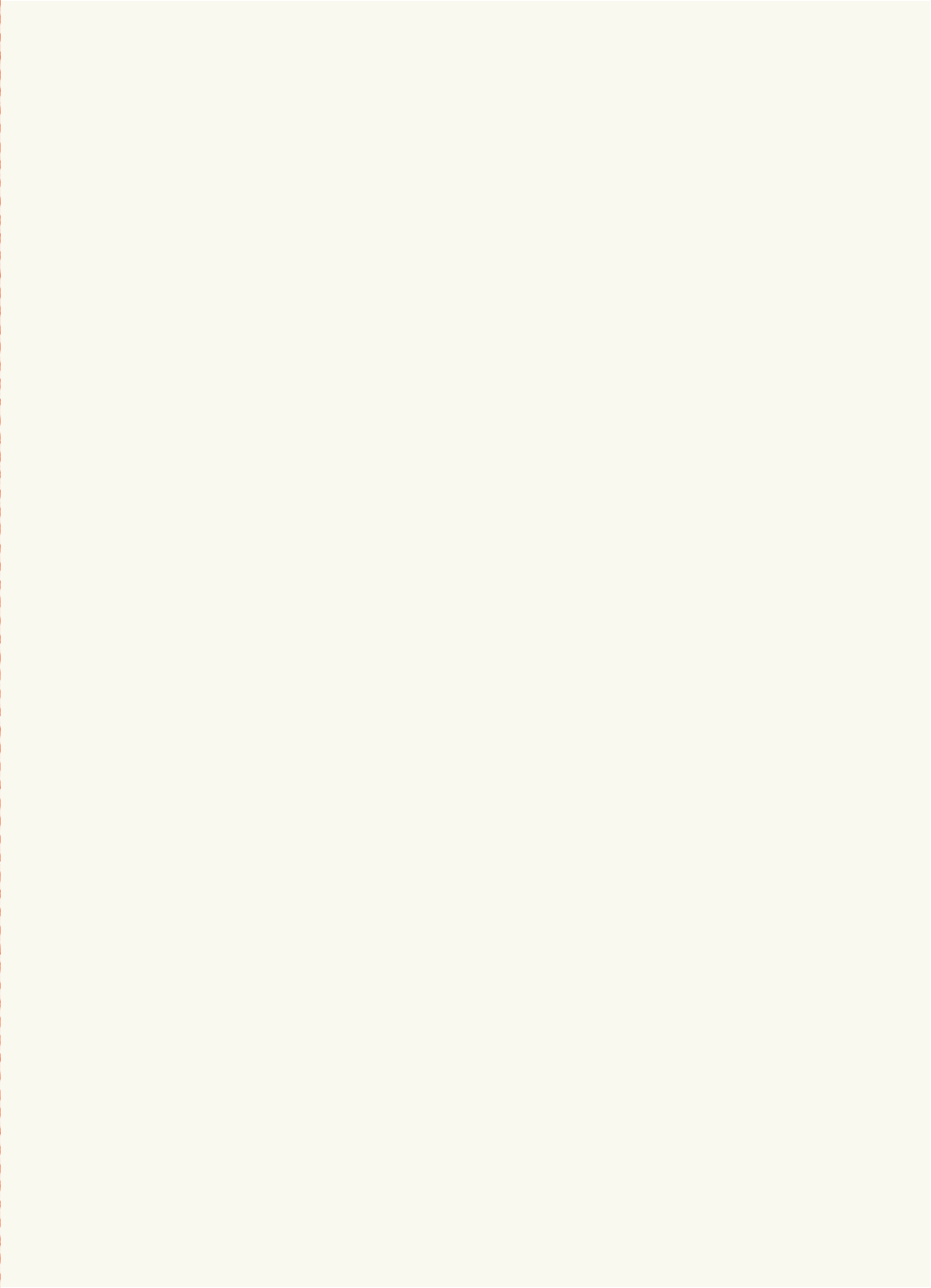
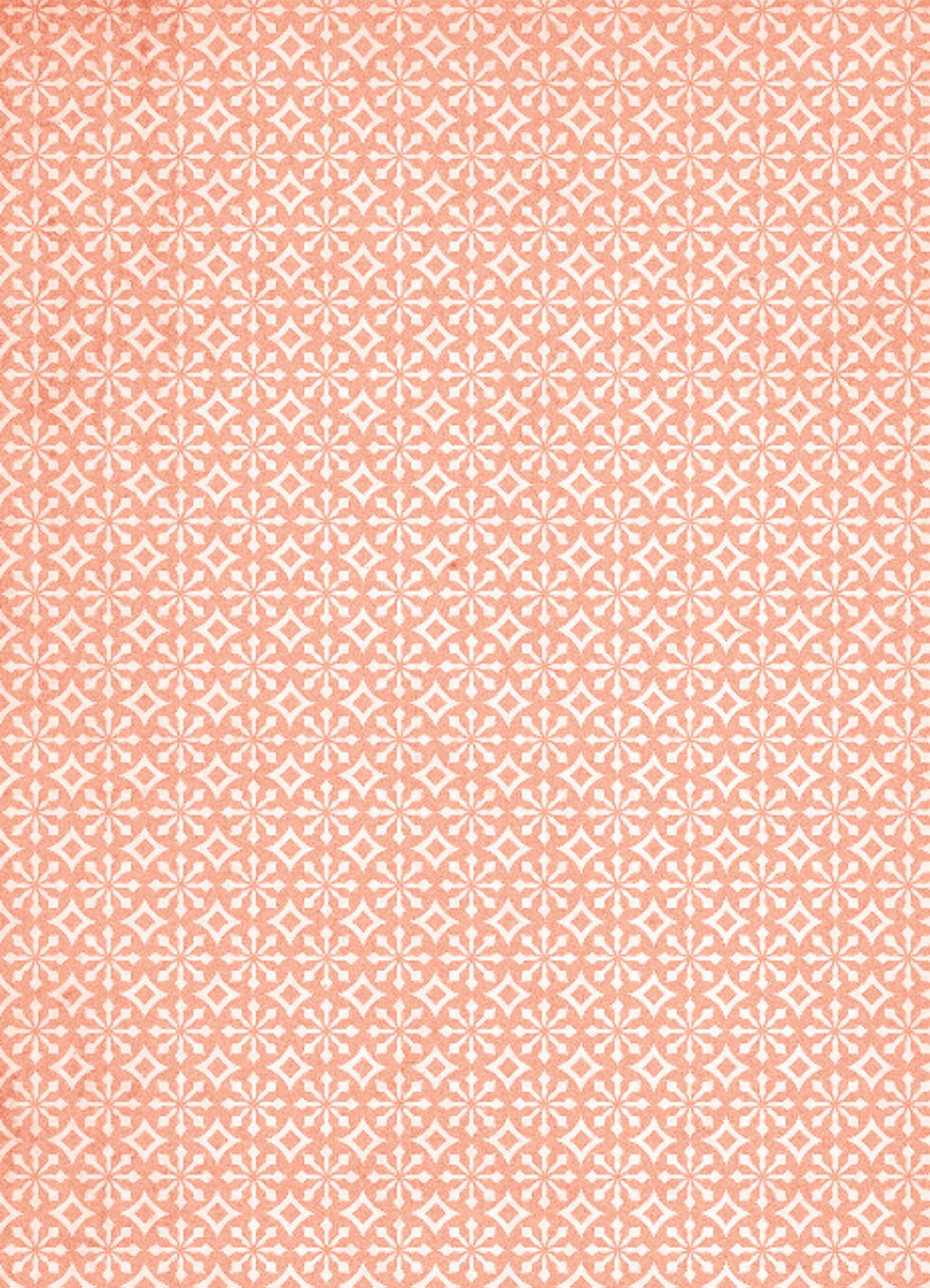


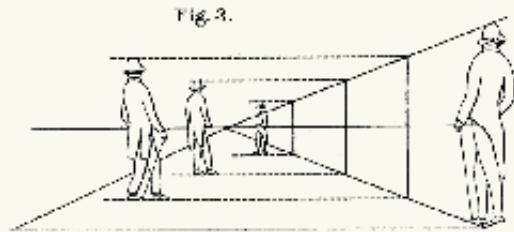
DEJAME QUE TE CUENTE

Hugo Trujillo



DEJAME QUE TE CUENTE

Hugo Trujillo



«Los hombres no pueden ver a su alrededor más que su rostro; todo les habla de sí mismos. Hasta su paisaje está animado.»

Guy Debord citando a Karl Marx

Rosario es una ciudad caminable, dicen, y hablan de la escala sin nombrar a Vitrubio, y repiten que es amable porque es abarcable a pie. Rosario no es un pueblo como podría ser Venado Tuerto, por ejemplo, que para la época de los noventa —con el auge de los remises que manejaban los desempleados por el cierre de las fábricas que supieron ser el auge del cordón agroindustrial— se quedó sin transporte público. En esa época sólo había dos opciones en el pueblo: pagar un remis o caminar, y ante las limitaciones geográficas la primera opción muchas veces aparecía como absurda. Pero en las ciudades, en las que pululan los taxis, tomar un bondi es la opción económica y efectiva para hacer un viaje, y caminar suele ser la opción gratuita y posible aunque requiera de mayor tiempo.

La escala, entonces, dicen, es la humanidad: el hombre ha sido hecho para reinar en el mundo, su cuerpo es el ejemplo de las proporciones áureas, es decir: la razón divina si la belleza pudiera ser

una fórmula matemática. El hombre fue hecho por un dios que tomó el trabajo de trazar una medida, entonces a partir de esto las cosas son hechas a la medida del hombre, para las medidas de lo que un hombre puede alcanzar.

Por ejemplo, un hombre común puede caminar tantos kilómetros por día; entonces esa medida debería considerarse como los límites humanos de la ciudad. Pero algunas ciudades han crecido, se han vuelto inhumanas, como inhospitalaria es la urbanidad: violentamente veloz, raudamente ruda, infatigablemente ruidosa, incorregiblemente deshumana.

La medida, la escala, es el ser humano. Él es quien la habita, quien la conoce, quien la proyecta. La atraviesa cotidianamente, surca las calles en un movimiento que va de la soledad de la habitación al encuentro con su par, el otro humano. La ciudad es el lugar en el que se dan todos los encuentros. Los hombres caminan y se encuentran.



Caminar para ir, para volver, para llegar. Caminar para conocer, para recorrer, para pasear. Caminar para ejercitarse, caminar para encontrarse; caminar de día, eligiendo las veredas del sol o de la sombra según el clima, caminar de noche buscando la luna llena en la punta del empedrado. Caminar bajo la lluvia, buscando el techo protector.

Un pie que se apoya sobre el asfalto mientras los músculos de otro muslo y otra pantorrilla hacen el esfuerzo por trasladar toda una pierna adelantándola, y fijando la planta de su pie en el eje del filo que une dos baldosas. Un acto mínimo, repetido infinitamente; un acto máximo, un total vagabundaje. Caminar puede ser traducido en deriva, cuando un pensamiento se deja llevar por otro pensamiento y así sucesivamente hasta que se revela, clara, lúcida, la idea.

Hugo Trujillo amaba caminar.

Camina desde 27 de febrero y Callao hacia el lado del río, por la vereda del lado del parque, dobla por Oroño y ya pisa la vereda del Hipódromo. Ve el barro en la pista; ha llovido y está refrescando. Es un día imposible de finales de la primavera, Rosario, como todos los años, en 1974. ¿Quién musicalizaría una caminata así? Por las lomas de mi pago yo corté las más lindas margaritas con primor. Es una ranchera, es el sonido de un acordeón a piano que llega desde las inmediaciones de su cerebro. Sonríe en la vereda del laguito, al lado del zoológico, sigue hasta Pellegrini y llega al museo.

Camina, camina, cuenta los pasos cuando quiere llegar. Camina y se detiene, y vuelve a la marcha, va hacia el punto en el que se tiene que encontrar a las 16 horas con su amigo. Pasan algunos coches, pasa un camión repartidor, pasan dos colectivos y cruza la calle. Su marcha es constante, pero no rauda. Sabe que puede llegar caminando tan rápido como si fuera en taxi, sabe que su amigo lo esperará aunque se demore unos instantes, sabe

que llega bien, a tiempo y sin embargo camina, camina rápido, mas no apurado, porque tiene que llegar y entonces, con la misma agilidad que usa para la finta en la canchita los sábados con los muchachos, alza las piernas, rápidamente y al compás va contando hasta diez y vuelve a empezar.

Camina y observa. Las fachadas a veces, los árboles, las paradas de colectivo, las veredas, las vidrieras, los angelitos de molde de las casas. El caminante reconoce sin necesidad de detenerse, capta el ambiente y sus sonidos, los incorpora y reinterpreta en su mapa mental. Se puede decir que el caminante, si está despierto, es un detallista. Cuando tiene tiempo, nada lo distraería de su distracción. Pero el hábito puede jugarle una pasada extraña, cuando, por ejemplo, al pasar por décima vez en una misma semana por la misma vereda, no presta atención a la puerta que tiene una ventana por la que cada mañana se asoma una señora durante una hora a ver pasar a la gente, o no repara en el cacho de mampostería del frente de una casa que

se cayó el miércoles que hubo una tormenta, o quizás que todavía no se dio cuenta que a la ferretería la pintaron de celeste y antes estaba de amarillo.

Por eso, podría decirse que depende. ¿De qué puede depender? De muchas cosas, a saber: esa mañana se despertó cansado porque la noche anterior hubo juerga, o la noche anterior hubo discusión, o está estresado porque en los últimos días en el trabajo la cosa se está poniendo exigente y demandante, porque la situación de los compañeros no es común, algunos sienten que les piden más de lo que le recompensan, que las responsabilidades suelen recaer sobre los mismos de siempre y que algunos otros en vez de preocuparse por que la cosa sea más justa para todos están más pendientes de otras cosas, como por ejemplo, joder a los compañeros según las opiniones que les escuchan decir en privado. Por eso muchos se están poniendo reticentes para hablar y el clima laboral se ha vuelto tenso. Todo eso lo expone, porque no se banca las injusticias; pero menos se banca que le quieran transmitir miedo.



DIRECCION GENERAL DEL PERSONAL

Nacido el día el del mes de Noviembre de 1997
Nacionalidad de origen Argentino Lugar de nacimiento Rosario
Provincia Santa Fe Departamento Rosario
Lee y escribe si Firma Rosario

El caminante, que nació caminando y ama el camino, no tolera las injusticias. Es su vocación. Y ha declarado como su enemiga a la ostentación.

Hugo Trujillo camina y a su lado pasan unos coches de lujo, últimos modelos. Él no los ignora, pero esa ostentación no lo vence, al contrario, le da valor para seguir hablando de las desigualdades, de las diferencias de posibilidades. El caminante viene del barrio y cada vez que se acerca al centro de la ciudad siente algo como una necesidad de reivindicar su barrio, que es su identidad. Esa caminata es la manera de afirmarse, entonces, en la vereda. Y cuando va a cruzar la calle, por la senda peatonal (si es que está pintada) hace que todo coche se detenga y esa es la manera de poner las cosas en su lugar: el peatón es el primer ciudadano y es el más importante.

Entonces, este caminante que va imaginando un mundo de igualdad y de justicia mientras mira los detalles de un mundo de desigualdad y de injusticia, no deja de observar la belleza que ese mundo le puede ofrecer: ese plátano que hace unos meses estaba desnudo, ahora se ha cubierto de hojas y ofrece una sombra espectacular; y en unos días, cuando termine la primavera, esa cotizada sombra será ideal para pasar por debajo, en sus paseos vespertinos, junto a su novia, quizás charlando de cosas divertidas o planeando un viaje de vacaciones o soñando una vida juntos.

La belleza lo mantiene vivo y con ganas, la belleza del mundo lo puede. Y está la belleza del mundo que ofrece la ciudad a través de la naturaleza; o sea, ese plátano, o ese jacarandá o ese paraíso o ese tilo. Y también está la belleza que ofrece la ciudad que por naturaleza es moderna, porque el mundo urbano es un artificio de la modernidad; como por ejemplo ese coche que pasa con un parlante en el techo y cuyo conductor maneja

DE LA FAMILIA



Estado civil CALADO

ESPOSA | GOMEZ, RITA VICENTA

Contrajo nupcias en fecha 27-4-73-

Acta 149 Tomo I Sec. 52

despacito mientras un acompañante sostiene un desusado micrófono mediante el cual viene diciendo algo, como una propaganda de un negocio y luego dice algo sobre lo inminente de la Navidad y que hay que ir a comprar a un reconocido almacén y luego se escucha una música y el caminante queda enganchado con esa música porque le hace acordar a cierta canción de Tránsito Cocomarola que él mismo, cuando deja de ser un caminante y se transforma en un habitante de su casa, en un vecino, digamos, suele reproducir en su propio acordeón, para sus vecinos, para que bailen, para que se diviertan con él. O en privado para su novia, para que cante y su ánimo se encienda y para que esté, un poco más aún, enamorada de él. Esa belleza, la que le recuerda la melodía, tan típica de esa ciudad, llena de árboles que en primavera construyen sombras y que brindan una perfecta acústica a las imperceptibles melodías, esa es la belleza que ama descubrir el caminante, cuando por las tardes camina.

Caminar es estar abierto al viento. Ya sea por la mañana como por la tarde, e incluso por la noche, en una esquina de la calle Mendoza para el lado de Echesortu sopla el viento. Este elemento compuesto de aire y fuerzas extrañas surge como posibilidad de que las semillas en los campos viajen algunos kilómetros para germinar en lugares insospechados. De la misma manera, el viento es el medio de transporte de tormentas y así como las trae, las lleva. Esto último sucede tanto en el campo como en las ciudades, por lo que en ese sentido, el viento es un ejemplo de democracia porque pone en situación de igualdad. Sin embargo, en la vida real no todas las personas tienen la posibilidad de repararse del viento como de las tormentas de la misma manera, o con la misma efectividad.

Pero ¿qué culpa tiene el viento, dirán algunos, de que otros no sepan buscarse un refugio?

El viento, sensual alzador de faldas en las calles del centro, en las que los paseantes se deleitan, fustiga a los trabajadores en el puerto que cargan y descargan las remesas, estiban y desestiban la mercadería que viajará o viajó por los mares para ir o para llegar a su destino final.

El viento, que despeina al caminante, todavía deja ver el camino.



C E S A N T I A S

Falleció el día 28/4/45.

Hugo Trujillo nació el 21 de marzo de 1947, vivió toda su vida en la zona de Rosario conocida como Barrio Cura, cercano al Parque Independencia. Fue el único hijo de Ana y Salvador.

Asistió a la escuela primaria cerca de su casa, por calle Rodríguez. Hugo amaba la música y tuvo la fortuna de aprender a tocar el acordeón. Le gustaba mucho jugar al fútbol y estar con sus amigos más cercanos, Norberto, Juan José y Jorge. Como su familia era muy humilde, de muy chico tuvo que ir a trabajar. Gracias a un vecino consiguió su primer trabajo en el vivero municipal, que también llaman Dirección de Parques y Paseos; ahí trabajó mientras estudiaba en la escuela secundaria nocturna Zona Parque, ubicada por entonces en calle La Paz al 3000, en la que se recibió de bachiller.

En la Municipalidad consiguió que lo trasladaran al área de Comercio e industria. Al mismo tiempo comenzó a estudiar en la Universidad, en la Facultad de Ciencias Económicas.

Conoció a Rita una noche de noviembre en un baile del club Nueva Aurora. Tenían 19 años. Enseguida comenzaron una relación de noviazgo de 6 años, que terminó en casorio el 27 de abril de 1973 en la parroquia Nuestra Señora de Lourdes. Tenían 26 años.

Hugo pudo hacer un curso de informática, por el que luego fue reasignado en la oficina más moderna de la Municipalidad de Rosario: Computación y Métodos, más conocida como Cómputos. Allí manejaban unas computadoras National, gigantes y ruidosas, que en vez de pantallas tenían unos aparatitos que perforaban unos papeles. Allí ofició de operador y programador.

Hugo no estaba afiliado a ningún partido político, pero era delegado gremial de su oficina. En el mes de abril de 1975, el mismo de su muerte, estaban reclamando por unas mejoras que les venían prometiendo, sobre todo de sueldo y cuestiones técnicas, cuando entre asambleas

sindicales y reuniones con funcionarios municipales tuvieron como respuesta una amenaza. Pero ¿quién puede saber que debe temer por su vida aun cuando su reclamo es justo y legítimo?

Parece que hubiera podido caminar hasta el fin del mundo. El fin del mundo queda en una galería que tiene acceso por calle Córdoba. Todos la recorren, todos los habitantes de la ciudad pasan por esa calle. Los días laborales se encuentran los que van de los tribunales a los bancos, los que van a la Municipalidad, los que entran a la facultad, los que salen de compras por los locales de los más diversos rubros, los que acaban de hacer buenos negocios en la Bolsa de Comercio y los que gustan de ver pasar a todos los demás. Las chicas van luciendo su vestido de moda, los muchachos van suspirando y comentando entre ellos lo lindo del centro. Si es la tarde, el sol arruga la frente del que camina hacia el oeste pero como si fuera hacia el sur, dándose respiros entre los carteles luminosos que proyectan una sombra

en la vereda. Pero a la mañana el aire es diferente, la luz es una caricia y el perfume es fresco. Hugo camina en dirección al río, de prisa pero atento. Va cargando unos rollos de papel.

El 25 de abril de 1975 a las 6.30 horas Hugo Trujillo salió de su casa para ir a trabajar. Minutos antes de las 7 de la mañana descendió del colectivo de la línea 203 en Buenos Aires y San Luis, y esto se supo porque lo vieron pasar por el Bar Postal, en Buenos Aires y Córdoba.

En esa esquina lo esperaban un grupo de personas que sabían que él caminaría para ir a marcar su tarjeta de ingreso en su oficina en la Municipalidad.

El trato no fue amable, ya que cuando su cuerpo apareció el día lunes 28 de abril frente al puerto de Rosario, se supo que lo habían golpeado tanto, y que había muerto antes de las 10 de la mañana.

Su esposa publicó: “No tenía compromisos políticos con ningún partido o grupo ideológico, pero tenía firmes convicciones democráticas, que en su honestidad y honradez, defendía con calor juvenil, donde fuera y ante quien fuera”.

El cuerpo de Hugo Trujillo era el soporte en el que se escribía un mensaje dirigido a las personas que aman caminar y que luchan por la justicia. El mensaje estaba escrito en clave de terror y firmado por el opresor. Podemos creer que decía: “cuando el sabio usa las palabras, el necio usará la fuerza”.

De esa manera dignificaba, sin quererlo, el opresor al caminante.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Nicolás Manzi

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni

